

## La Decepción del Inferior

Levantó la cabeza y admiró el maravilloso paisaje que se extendía ante él. El Gran Valle lo abarcaba todo hasta donde alcanzaba la vista, flanqueado por elevados picos rocosos, guardianes eternos de aquella belleza sublime. Era un paraje solitario y extraño a la vez que misterioso, y esto le produjo una primera sensación de inquietud, para sucumbir después ante aquel espectáculo. Durante unos instantes su mente voló y escapó de aquel cuerpo castigado por el duro viaje, recorriendo con la mirada cada rincón del entorno que lo envolvía todo. Finalmente regresó a la realidad y toda aquella grandeza se transformó en depresión y angustia al comprobar que aún le quedaba un largo camino para llegar a su objetivo: ver a Ariana, la Superior. Pero había hecho un largo viaje para llegar hasta allí y no iba a darse ahora por vencido. Muy pocos habían llegado antes hasta el Gran Valle, muy pocos habían presenciado antes aquel espectáculo maravilloso. El lo llevaba intentando durante cientos de años, cientos de siglos, pero siempre había tropezado con algún obstáculo. Ahora estaba allí, más cerca que nunca de conocer a la Diosa, y eso le dio fuerzas para continuar el viaje. Lanzó una última mirada y emprendió de nuevo la marcha.

Poco a poco fue adentrándose en el valle. Avanzaba por un camino estrecho y pedregoso que contrastaba en gran medida con la gran cantidad de vegetación que lo flanqueaba. El color verde predominaba sobre todos los demás en aquella región, sólo superado por el azul del cielo que lo cubría todo. Grandes árboles de especies desconocidas se elevaban a ambos lados del camino, y sus copas casi rozaban el cielo inmutable, a la vez que gran variedad de pájaros revoloteaban por doquier entre ellos mientras entonaban sus cantos. El lugar era extrañamente bello y vital, y pensó que era debido a la proximidad de la morada de Ariana, la Superior.

A medida que continuó avanzando, el bosque dio paso a un solitario páramo y ante él pudo ver una enorme mole pedregosa que parecía elevarse hacia el infinito. Miró hacia la cumbre de aquella montaña y lo que vio le dejó estupefacto. Allí arriba esculpido en la montaña, había un ciclópeo rostro femenino. Era un rostro perpetuo grabado en lo más profundo de la montaña con una perfección indescriptible. Representaba a Ariana. Un sentimiento de amor infinito le embargó. No era para menos. En la roca estaba representada la muchacha de belleza más perfecta jamás conocida. El largo cabello rubio surcado en algunos lugares por mechadas castañas era representado por grandes vetas volcánicas y surgencias metamórficas. Los hermosos ojos, la nariz ligeramente achatada y los finos labios estaban esculpidos sobre la base granítica.

Era exactamente igual a como la había imaginado en sus sueños desde que tenía uso de razón. Tal belleza la convertía en Superior, la elevaba a la

categoría de Diosa entre los Inferiores pese a la corta edad que aparentaba, apenas las setenta estaciones.

Se sentó unos instantes para recuperar el aliento, aunque sin dejar de admirar ni por un momento aquel rostro divino. La morada de Ariana debía estar en la cumbre de la montaña, y se había propuesto encontrarla. Tras un momento de descanso, y cuando se hubo recuperado de la emoción que le produjo tal visión, decidió reanudar la marcha sin perder ni un instante. Así, comenzó el difícil ascenso que le llevaría a la conclusión de su sueño: conocer a Ariana la Superior.

El camino era harto dificultoso por lo empinado de la pendiente y lo abrupto de sus picos, pero la idea de verla y saciar así la sed de amor que emanaba de su corazón le proporcionaba la fuerza suficiente para poder continuar sin desfallecer. A medida que ascendía, el entorno fue cambiando drásticamente. La abundante vegetación fue dejando paso a parajes fríos y desérticos y la temperatura descendió de forma considerable, hasta el punto de que la capa de piel que llevaba como abrigo comenzó a ser insuficiente. Y sintió frío, un frío helado que le penetraba hasta los huesos. Pero en realidad no le importaba, porque en el fondo de su corazón hacía calor, y ese calor le proporcionaba la energía necesaria para seguir.

Tras un largo camino, divisó a lo lejos un pequeño palacete que se alzaba imperturbable en aquel recóndito paraje de soledad, recortándose contra el rojizo cielo del atardecer. Se dirigió hacia aquel lugar y a duras penas consiguió plantarse frente a la puerta. Era un edificio sombrío, sin pretenciosidades ni ostentaciones de ninguna clase, que se levantaba en aquel lugar helado y solitario. Y pudo sentirlo. Sabía que su largo viaje había terminado. Se acercó a la puerta de madera maciza y la empujó suavemente. La puerta cedió sin hacer el menor ruido y accedió al interior.

Se encontraba en una pequeña estancia. El suelo y las paredes eran de piedra, una piedra oscura y sucia por el paso del tiempo y tan solo estaba iluminada por una antorcha clavada en una de las paredes, lo cual daba a la habitación un aspecto tenebroso y lóbrego. Miró hacia arriba con la intención de ver el techo, pero solo pudo ver oscuridad y no pudo determinar con claridad a qué altura se encontraba realmente. Ante él había otra puerta, esta vez de un material desconocido, y que no tenía ni picaporte ni agarradera alguna. Se acercó a ella con el corazón a punto de escapar por su garganta e intentó en vano empujarla. La puerta no cedió.

- ¿Qué te trae a este recóndito lugar, joven amigo?

La voz, que apreciaba provenir de uno de los rincones más oscuros de la estancia, le sobresaltó y el corazón estuvo a punto de estallarle en mil pedazos. Entonces sintió como alguien se acercaba y cuando hubo estado lo suficientemente cerca de la débil luz que emanaba de la antorcha, pudo ver al propietario de la misma. Un anciano enjuto y encorvado envuelto en una

túnica oscura y que pisaba sobre unas maltratadas sandalias de caucho se le acercaba con paso quebradizo.

- He venido a ver a la Diosa -contestó-. Quiero conocer a Ariana la Superior.

El viejo pareció no haberle escuchado. Simplemente permaneció allí, mirándole.

- Han pasado muchos siglos desde la última vez que alguien vino con ese mismo propósito -dijo de repente-. ¿Por qué quieres ver a Ariana la Superior, muchacho?

Su voz era débil y ronca, y tuvo que hacer un esfuerzo para entender al anciano. Pero no supo la respuesta. En realidad no sabía qué le había llevado hasta allí. Simplemente estaba allí.

- De acuerdo, puedes ver a Ariana -dijo el anciano rompiendo de nuevo el sepulcral silencio. Entonces se dirigió hacia la puerta, pero el viejo lo interrumpió-. ¡Pero la Diosa no puede ser vista con los ojos terrenales muchacho, sino con los del alma! No por ello perderá ápice de su belleza, sino que se realzará aún más.

Le entregó un suave pañuelo y le instó a que se lo pusiera sobre los ojos. El obedeció y notó el terso y fino tacto de la seda sobre sus párpados. Entonces escuchó el sonido de la infranqueable puerta al abrirse.

- Adelante, Ariana aguarda -dijo el viejo.

Caminó a ciegas hacia la puerta y entró con gran sumisión en la sala de la Diosa. Un profundo silencio le envolvió. Caminaba lentamente en línea recta, tanteando cada paso, cada movimiento de su cuerpo para evitar tropezar con algún objeto. Entonces se detuvo y a través de la venda que cubría sus ojos vislumbró la aureola pura de una chiquilla única entre el resto de las almas toscas y grotescas. Sus ojillos rebosantes de ternura y sus cabellos resplandecientes la hacían diferente e incorruptible. La convertían en Superior. Podía sentir su aura con total claridad y un sentimiento profundo de amor y felicidad sublimes le acunaron. Tal fue la sensación de amor que experimentó que deseó verla con sus propios ojos. Titubeante, levantó ligeramente la venda y sintió como la luz que lo iluminaba todo se tornaba oscuridad. Se deshizo por completo del paño de seda y comprobó atónito como la visión que encontró allí no era ni mucho menos lo que esperaba.

Se encontraba en un gran salón, sombrío y tétrico. Ante él, sobre un pequeño altar labrado en la grotesca pared de piedra, había un montón de polvo y cenizas que parecía ser todo lo que quedaba de un sueño convertido en pesadilla. Ariana era un fraude. Era falsa. Una ilusión mortífera de necesidad que partió en infinitos pedazos de tristeza el corazón de aquel pobre mortal. Y murió de pena en aquel lugar sombrío tras escribir sollozante el nombre de su sueño en la ceniza: ARIANA.